

LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN ESTUDIOS GENERALES

Fernando Arturo Arce Vargas

Nuestras reflexiones no pretenden ser un estudio sistemático sino, más bien una reflexión en voz alta sobre lo que nos ha enseñado la experiencia de enseñar literatura en Estudios Generales por más de veinte años.

Ante todo, hay que tomar en cuenta que, si bien es cierto que en los últimos años el estudio del sujeto de la creación literaria ha conocido un gran auge, no ha sucedido lo mismo con el destinatario. Esto es importante porque los profesores de literatura de Estudios Generales no enseñamos literatura a secas sino que enseñamos a un grupo de personas (posadolescentes) muy bien definido que, entre otras características, tiene la de su poco interés por la materia que impartimos.

¿A qué se debe ese poco interés?

Es evidente que la literatura interesa a todos. No hay pueblo que, por adversas que sean sus condiciones de vida, no cree literatura. Esto en el pasado y en el presente. Y vale para nuestra sociedad contemporánea. Claro que cualquiera podría pensar que el consumo de libros no viene a demostrar esta afirmación. No la demuestra por la sencilla razón de que las fuentes que abastecen la literatura a nuestros contemporáneos son otras. A modo de ejemplo podemos pensar que sus necesidades de narrativa y de drama quedan cubiertas por las narraciones visuales que ven en la televisión y sus necesidades de lírica por las letras de las canciones populares. Literatura, no de la mejor calidad, pero literatura al fin.

Si este tipo de literatura llama la atención del gran público contemporáneo, y allí están ubicados nuestros estudiantes, tendremos que explotarlo. Sobre esto volveremos. Pero también debemos poner atención a una verdad que nos muestra el fenómeno anterior: les gusta la literatura.

Si les gusta la literatura, ¿por qué no les gusta la que se enseña en Estudios Generales? Para respondernos a esta pregunta debemos antes reflexionar sobre qué se enseña y cómo se enseña.

Se enseña lo que la tradición dice que se debe de enseñar. Esto, a nuestro juicio, no por pereza ni por falta de capacidad, sino por temor. Nos explicaremos.

Tradicionalmente, la formación teórica en el campo de la estética no ha sido el fuerte de los profesores de literatura. Esto lo observamos no sólo en nuestro medio sino en otros muchos más avanzados. Por ejemplo, Todorov, en su *Introducción a la literatura fantástica*, cuando tiene que definir qué va a considerar como obras literarias, nos dice que considerará como tales aquellas a las cuales la tradición les ha dado ese carác-



ter. De la misma manera queremos actuar nosotros. Lo que sucede es que, para que haya tradición tiene que haber transcurrido cierto tiempo. En el fondo lo que está es el temor de estudiar como literarias obras que no lo son. La solución que proponían algunos estructuralistas, hablando de la literariedad como la esencia de lo literario que está presente en las obras en mayor o menor grado y que determinan su pertenencia a la literatura (y que si fuera cuantificable determinaría también su calidad) es una quimera. Por tanto, hay que enseñar lo que no deja lugar a dudas sobre su cualidad literaria. En este sentido, estaríamos entendiendo las Humanidades de una manera muy dieciochesca y estaríamos enseñando las «bellas letras», cosa que no les interesa a nuestros estudiantes.

Es una verdad de Perogrullo que el emisor debe adaptar su mensaje al receptor. ¿Cuál va a ser el receptor de la literatura en los cursos de Estudios Generales? Posadolescentes costarricenses de finales de la presente centuria. Por lo tanto, y ponemos ejemplos recientes, puesto que fueron textos usados en 1993, ¿les interesará una obra argentina del siglo pasado, *Martín Fierro*, que presenta, aun para el profesor, arduos problemas lexicológicos?



¿O una obra de principios de siglo que presenta la civilización como sinónimo de europeización, tesis totalmente superada, como es el caso de la venezolana *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos? Definitivamente no, a pesar de todos los méritos que puedan tener. Su lectura exige una perspectiva histórica de la que carecen nuestros estudiantes y que difícilmente podrán adquirir en sus cursos de Humanidades, además de que sería un esfuerzo que no es proporcional a la satisfacción que podrían obtener con la lectura de las obras mencionadas.

De ahí que lo primero que hay que tomar en cuenta a la hora de decidir qué se les va a enseñar a los jóvenes son sus inquietudes. De todo tipo: éticas, políticas, existenciales. Y, sobre todo, no perder de vista que, entre las funciones de la literatura hay una que las atraviesa a todas y es la que Barthes ha llamado «el placer del texto». No la convirtamos en «la tortura del texto».

¿Que de esta manera podrían quedar por fuera grandes obras literarias y se estudiarían otras que no lo son tanto? Esto no importa si logramos despertar en los estudiantes el interés por la lectura y si lo hacemos plantearse una serie de interrogantes de todo tipo. Más aún: sin dedicarnos exclusivamente a ella, para aprovechar la experiencia inmediata de los alumnos, debemos analizar la subliteratura (término peyorativo desde una posición academicista), su calidad estética y sus implicaciones ideológicas.

¿Cómo enseñar todo esto? Con el mínimo de teoría y el máximo de práctica. A los jóvenes, al igual que al grueso del público, les interesan más los aspectos temáticos que las estructuras formales. No

hay que convertir la enseñanza de la literatura en teoría literaria para un público no especializado. Si el sentido último de la obra se da en su lectura, que implica una interpretación, lo que hay que hacer es discutir esas lecturas, para establecer uno de los tantos sentidos de las obras leídas. Así se logrará uno de los objetivos de las Humanidades, como es el de ampliar la visión de mundo de los estudiantes y desarrollar su sentido crítico.